

¿Ser joven o ser adolescente? De las modulaciones discursivas al entramado psicosocial

*Héctor Zapata Aburto**

Resumen

El artículo presenta una reflexión en torno al joven y al adolescente pensados como dos figuras-objeto de saber, que forman parte de lo que Michel Foucault entiende como una formación discursiva, la cual incluiría un modo de aproximación *psicologizante* y otro *sociologizante*. Esto se propone en el contexto de aquello que implicaría una intervención psicosocial con jóvenes, la cual involucraría considerar una amalgama o compenetración entre una dimensión individual (*psi*) y otra social. De acuerdo con esto último, se propone problematizar, en primera instancia, lo psicosocial en relación con el Sujeto Joven visto desde la idea de formaciones discursivas, para en un segundo momento elaborar algunas reflexiones ligadas a la intervención psicosocial con jóvenes como tal.

Palabras clave: juventud, adolescencia, psicosocial, sujeto, formación discursiva.

* Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Profesor de tiempo parcial en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [rzapata@correo.xoc.uam.mx] / ORCID: [<https://orcid.org/0000-0003-1036-3705>].

Abstract

This paper presents a reflection on the young and the adolescent, thought of as two figures-objects of knowledge, which are part of what Michel Foucault understands as a discursive formation, which would include a psychologizing mode of approach and a sociologizing one. The foregoing is proposed in the context of what a psychosocial intervention with young people would imply, which would involve considering an amalgamation or rapport between an individual dimension (*psi*) and a social one. According to the latter, it is proposed to problematize, in the first instance, the psychosocial in relation to the Young Subject seen from the idea of discursive formations, to in a second moment elaborate some reflections linked to the psychosocial intervention with young people as such.

Keywords: youth, adolescence, psychosocial, subject, discursive formation.

Introducción

En los últimos años el interés por las intervenciones de corte psicosocial ha ido en aumento. Tal interés parte de la idea de que es posible e incluso imperioso forjar una mirada en la que los fenómenos psíquicos y sociales no sean separados y a partir de ello constituir una concepción más compleja de las personas con quienes se trabaja. Lo psicosocial “es frecuentemente utilizado en la psicología para describir la combinación, adición, fusión, relación interna o conexión externa entre lo psíquico y lo social” (Pavón y Orozco, 2017: 140). Se trata de una especie de amalgama contenida en los sujetos que hace problemática la separación entre la dimensión psíquica y social: una refiere a la otra en una relación que plantea ida y vuelta. Así pues, se habla de “diagnósticos psicosociales” de poblaciones o comunidades concretas como una manera de dilucidar un “pathos” colectivo que debe ser atendido.

Sin embargo, uno de los principales problemas a los que se enfrenta esta visión, desde mi perspectiva, es que, en el marco de la organización disciplinar de los saberes, la división de lo social y lo psíquico persiste. Esto se ve reflejado incluso en el traslado de palabras asociadas a intervenciones individuales clínicas, como sería el término “diagnóstico”, que además puede llegar a guardar un sentido normalizante. La ausencia de un nuevo lenguaje que dé razón de una forma de intervención que intenta superar una separación, que no hace justicia a nuestra complejidad como sujetos “psicosociales”, creo que es una señal de que en el fondo de las cosas dicha separación persiste. Sin embargo, la cuestión no pasa solamente por una forma particular de construir conocimiento o un abordaje, sino que atraviesa la “intervención psicosocial” como tal, ya que, si ésta plantea un modo de acercamiento y una construcción de “saber” sobre ciertos colectivos, tal vez sea necesario considerar antes los saberes que la preceden y que están asociados a tales colectivos, saberes que ya han producido un tipo de sujeto, y que no necesariamente involucra la amalgama entre lo psíquico y lo social.

Esto último se puede ver con nitidez en el sujeto joven/adolescente, el cual involucra un campo de conocimiento en el que es posible reconocer dos direcciones claras: una que podríamos llamar *psicologizante* a través de la figura del adolescente como campo propio del saber psicológico, y otra *sociologizante* representada por los llamados “estudios sobre la juventud”. Desde esta perspectiva, ¿cómo pensar una intervención psicosocial en el campo de las juventudes? La pregunta tendría que llevar a la consideración inicial: pensar que el Sujeto Joven¹ trae aparejada toda una construcción discursiva ligada a estas dos perspectivas (la psicologizante y la sociologizante) y que el hecho mismo de plantear una intervención con “jóvenes” conlleva necesariamente introducirse e interactuar con los supuestos de ambas perspectivas, sobre todo cuando se busca constituir un abordaje “psicosocial”.

¹ Para efectos de este ensayo, utilizaré el término Sujeto Joven con iniciales mayúsculas para referirme a esta noción indiferenciada que compagina tanto la idea de joven como la de adolescente. También la usaré, más adelante, para referirme a esa formación discursiva que une una visión “sociológica” con una “psicológica”.

Lo que me propongo entonces en este ensayo es problematizar la amalgama “psicosocial”, partiendo de la realidad de los saberes que han constituido al Sujeto Joven como campo de estudio, la cual en cierta medida interpelan tal amalgama al plantear dos tipos de abordaje que separan lo social de lo psíquico. Así pues, lo que a continuación presento pretende pensar en un primer momento la construcción discursiva del Sujeto Joven desde las perspectivas ya señaladas, para de allí elucidar algunas implicaciones en el marco de una intervención psicosocial.

El joven sociologizado

La juventud es un objeto de saber y de intervención. Puede tornarse difuso en cuanto a sus modos y sus formas (psicológicas, médicas, sociológicas, antropológicas, etcétera), pero no así en lo referente a su delimitación como campo de estudio. Es, tal vez junto con la infancia y la vejez, el único campo de saber que privilegia el carácter temporal antes que el ontológico: es una pauta en el tiempo lo que inicialmente está detrás de la posibilidad de forjar un saber sobre la juventud, antes que un modo de ser, de organizarse o de actuar como tal. Por supuesto, se ha hablado mucho de que el ser joven se relativiza según delimitantes sociohistóricas y culturales (Bourdieu, 2000), pero esa relatividad sigue estando anclada al marco del tiempo. De acuerdo con esto, tal vez valdría la pena preguntarse: ¿qué hay detrás de ese interés por parte de esos modos de saber y de intervención en torno a la juventud?, ¿en qué lugar esa circunstancia, aparentemente tan positiva y universal, como la que representa el paso del tiempo, se densifica de tal modo que a partir de ella se constituye todo un campo de saber y de intervención orientado a la juventud? En otros términos, el asunto pasa por preguntarse por qué se establece todo un campo de estudio sobre los jóvenes.

Ciertas respuestas ya han sido lo suficientemente elaboradas al respecto. Por el lado de los estudios sobre la juventud, que parten de una perspectiva entre antropológica y sociológica, se ha hablado de

cómo el surgimiento del joven, como sujeto histórico, tiene lugar en la época de la posguerra. En ese tiempo, el joven se convirtió en una “invención” que se vinculó al proyecto de sociedad que se habían planteado las naciones vencedoras. Así pues, tanto el niño como el joven comienzan a ser construidos como sujetos de derecho, pero también de consumo por la sociedad posindustrial (Reguillo, 2000). No obstante, esta visión, aunque satisfactoria a la hora de brindar una respuesta sobre la irrupción del joven como sujeto histórico, no da cuenta sobre la necesidad, más concreta, de forjar un saber sobre la juventud.

En el caso específico de Latinoamérica, las primeras inquietudes de los estudios sobre la juventud se ligan a la necesidad de brindar una respuesta a propósito de las rebeliones juveniles que se gestaron hacia finales de la década de 1960. Un campo de inteligibilidad particular se abrió en relación con el sujeto joven y tenía que ver con la posibilidad de insurrección o conformismo depositada en este mismo (Solari, 1971). En una etapa posterior, pasadas estas rebeliones juveniles, los estudios sobre la juventud se centraron en dar cuenta del lugar marginal en que los jóvenes estaban siendo situados. Esta segunda etapa se ocupó de la posible inclusión o exclusión del joven en las vertientes productivas de la sociedad (Solari, 1971).²

Una vez superados los incendios juveniles, la inquietud de saber sobre el joven pasa más bien por preguntarse por lo que en primera instancia pudo causar esos incendios, a saber, la exclusión social. La juventud se muestra como una problemática social a ser resuelta. La edad, por primera vez, se plantea como el punto de partida sociológico que lleva a considerar la ineficacia de una sociedad a la hora de integrar en sus aparatos reproductores y funcionales a un sujeto que irrumpe desde el signo de la inconformidad. La “problemática” del joven, como foco de rebelión, es pensada por primera vez en términos

² Esto no quiere decir que antes de la aparición de la llamada “juvenología”, durante la década de 1970, la juventud no fuera un objeto de interés para los científicos sociales, sobre todo en el mundo angloparlante y francés. Sin embargo, tal interés guardaba un carácter secundario, ya que emergió de manera concomitante a otras temáticas, como fueron la educación, la historia, el cambio social o la cultura (Peréz, 2008).

estructurales. De la tal suerte que se dirá a propósito de los jóvenes: “Si adoptamos alguna definición operativa de ellos, es posible hablar de rebeldía y conformismo en forma significativa, es mostrar que se trata de dos posibilidades con raíces estructurales y que el comportamiento real de los jóvenes sólo puede comprenderse refiriéndose constantemente a tales raíces” (Solari, 1971: 4).

Se habla de un “comportamiento real” y de “raíces estructurales”; las segundas explican el primero. Llama la atención en esta visión que se hable de lo “real” de un comportamiento, como si pudieran encontrarse causas maestras detrás del comportamiento de la juventud, el cual oscila entre la rebeldía y la conformidad, y en última instancia parece ser impredecible. En este marco, se apela a las estructuras, cuya constitución representa un lugar más seguro y *ad hoc* para pensar al joven desde esta mirada sociologizante.

En el caso de México, la producción más sólida de estudios sobre la juventud acontece hacia 1985 y se da en el marco de la creación del Centro de Estudios sobre la Juventud Mexicana. Este organismo, de la mano del Estado, comenzó a patrocinar investigaciones más rigurosas enfocadas en el fenómeno de la juventud. Tales investigaciones coincidirían con la intención señalada antes sobre pensar el lugar de marginalidad que muchos jóvenes venían ocupando (Mendoza, 2011). La mirada de estos primeros estudios estaba centrada en considerar al joven como el resultado de ciertas relaciones de poder inherentes a la trama social, las cuales se mostraban determinantes a la hora de delinear jerarquías sociales, que a su vez eran la causa de la exclusión juvenil (Guillén, 1985).³

³ En cuanto a la actualidad de la juvenología mexicana, pueden revisarse las investigaciones sobre el campo indentitario de Nateras (2010) y Valenzuela (1997); sobre la relación entre juventud, identidad y música: Urteaga (1998), Urteaga y Feixa (2005), García (2004), Jiménez (2004), y sobre cultura política y juventud: Reguillo (1997), Fernández (2003), entre otras.

El adolescente psicologizado

Con lo anterior se puede observar con alguna nitidez cómo se consolida esta mirada de cepa sociológica sobre la juventud en Latinoamérica, la cual termina preguntando por el lugar que ocupa el joven en la sociedad a través de su tentativa de exclusión o inclusión. Lo interesante es que, mucho antes de que este saber más “macro” sobre la juventud irrumpiera, ya existía otro que hacía alusión a la misma juventud, pero desde un lugar más psicologizante y educativo. Este saber se ocupaba más de pensar el conflicto interior del joven a través de la figura del adolescente antes que del conflicto que el joven, como sujeto perteneciente a una colectividad, podía llegar a proyectar en el exterior social. Con esto se dibujan entonces dos figuras de sujeto, dos objetos discursivos y de saber, no necesariamente distantes, como se verá más adelante: el joven y el adolescente.

Un saber sobre el joven, más de carácter educativo y hasta filosófico, ya puede ser rastreado con el inicio de la modernidad. El “Emilio” de Rousseau es emblemático al respecto. Sin embargo, pasaría un tiempo para que la figura del adolescente surgiera como tal, y lo haría en 1906 de la mano de un psicólogo evolutivo: Stanley Hall. La adolescencia, desde esta perspectiva, es entendida como:

Una edad especialmente dramática y tormentosa en la que se producen innumerables tensiones, con inestabilidad, entusiasmo y pasión, en la que el joven se encuentra dividido entre tendencias opuestas. Además, la adolescencia supone un corte profundo con la infancia, es como un nuevo nacimiento (tomando esta idea de Rousseau) en la que el joven adquiere los caracteres humanos más elevados (Delval, 1998: 545).

Hall piensa al adolescente como un sujeto que posee un interior eminentemente conflictuado. En él existen fuerzas que se contraponen y que a la postre son las que definen el propio conflicto. Además, se parte de la idea, ya bastante consolidada desde la modernidad, de que el Sujeto Joven (en este caso representado en la figura del adolescente), puede ser explicado por su entrada en esta etapa intermedia

de la vida entre la infancia y la adultez. Dicha etapa supone una serie de indeterminaciones identitarias a la hora de asumir un rol social y productivo en la sociedad. Por otro lado, se afirma, como tal vez no podía ser de otra manera si pensamos que esta visión viene de un psicólogo evolutivo, que gran parte del conflicto del adolescente tiene raigambres psicobiológicas y por tanto es universal. Hall hablará de la adolescencia como una etapa ligada al desorden emocional y al desajuste psíquico, la cual podía tener como resultado el padecimiento de enfermedades mentales, que a la postre podían ser la explicación de ciertos comportamientos “desviados” (Souto, 2007).

Más o menos armónica con esta idea de un sujeto conflictuado por su ubicación en una etapa de la vida, aunque desde un andamiaje teórico completamente distinto al de la psicología evolutiva y sin llegar a hablar de “desviaciones” sociales, está la visión devenida del psicoanálisis, de la mano de Freud, quien hablara de una etapa de latencia sexual que se rompe con la entrada en la pubertad,⁴ cuando gran parte de los conflictos psíquicos y libidinales padecidos en la primera infancia se reavivarán (Freud, 1990). Esto llevará a reafirmar la idea de que la adolescencia puede ser, sobre todo, definida por el conflicto interior que un sujeto padece.

Será Margaret Mead, quien, a través de su estudio con adolescentes en Samoa, vendrá a establecer un revés a esta visión esencialista y biologizante de Hall. Lo que Mead pondrá en cuestión, principalmente, será la idea de entender al adolescente como un sujeto definido por el conflicto y el desorden interior, más bien se centrará en una explicación de tipo culturalista, al afirmar que la adolescencia tiene que ser explicada, en primer término, por las coordenadas culturales en las que se desarrolla (Souto, 2007). Así pues, Mead construye el primer aporte importante a una visión antropológica de la adolescencia.

⁴ Podríamos hablar del púber como otra figura discursiva ligada al joven y al adolescente, que incluso es anterior a estas dos, de la que Freud parte. Sin embargo, por razones de espacio no será posible abordarla en este ensayo.

Quien finalmente vendría a establecer una visión más psicosociológica de la adolescencia sería Erik Erikson, quien retomará ciertas ideas de Hall y de Freud, y establecerá una visión que parte de pensar al adolescente desde una relatividad social (un poco a la manera de Mead). A su vez, Erikson intentará no dejar de lado las motivaciones psicobiológicas que persisten en el fenómeno de la adolescencia. Dirá que se define “por la combinación de impulsividad y de disciplinada energía, de irracionalidad y de animosa capacidad” (Erikson, citado en Souto, 2007: 35). Como puede notarse, Erikson, pese a su aporte de entender la adolescencia a partir de motivaciones tanto psicológicas como sociales, mantendrá esta idea de la existencia de un conflicto interior.

Dos sujetos jóvenes: una formación discursiva

Lo que hasta aquí he esbozado tal vez baste para vislumbrar esas dos figuras de sujeto que se han configurado en torno a la juventud: el joven y el adolescente. Por supuesto, la visión diversa y concreta de autores y teorías está muy lejos de agotarse con lo señalado. Sin embargo, mi intención no era construir un recorrido exhaustivo de las diferentes visiones que han surgido en torno al fenómeno de la juventud, sino más bien la de delinear, aunque fuera de manera esquemática, estas dos orientaciones de saber que se erigieron en relación con el Sujeto Joven: una que pone el acento en el interior del sujeto (psicológica) y otra que toma como punto de partida las determinantes sociales (sociológica).

La primera de ellas, como ya lo mencioné, se configura desde una mirada psicobiológica y parte de pensar el interior de un sujeto cuya evolución cognitiva se haya en su etapa final. Esta etapa se muestra como necesariamente conflictiva y acontece en el marco de cambios que se dan a diferentes niveles: corporales, psíquicos y relacionales. Tal conflicto, pensado como un “dato natural” y universal, torna al sujeto (visto desde algo parecido a una “clínica de la adolescencia”) como un objeto de intervención. El adolescente, desde esta

perspectiva, se considera dotado de una subjetividad que necesita ser orientada, normalizada y educada (Dávila, 2004).

Por otro lado, la visión sociológica se concentrará en ver a la juventud desde una coordenada social e histórica. Los primeros estudios relacionados con esta vertiente intentarán pensar la exclusión e inclusión del joven en la sociedad. Su perspectiva será más macro y el conflicto del que partirá no habitará en el interior del sujeto, sino más bien en un afuera social y contingente. En una primera mirada, esta visión tendrá un carácter mucho menos normalizante que las perspectivas psicológicas, y, sin embargo, como pudimos ver en el caso mexicano, los estudios sobre la juventud guardarán un sustento estatal e institucional, al menos en sus primeros años. Sus postulados serán mucho más flexibles y serán replanteados a través del tiempo, aunque en el fondo conservarán la pregunta por la exclusión y la inclusión, y por el conformismo y la rebeldía del joven.⁵

Ahora bien, para empezar a entender estas visiones (la del joven y la del adolescente, la psicológica y la social) como parte de una formación discursiva, es necesario depurar ambas y estudiarlas desde el objeto que comparten (la juventud) y desde una inquietud por saber sobre ese mismo objeto, antes que bajo la particularidad de un autor o una teoría. Por otro lado, también es necesario entender sus singularidades en relación con sus modos de aproximarse a ese objeto, antes que a través de los devenires de sus miradas. Para efecto del análisis que pretendo elaborar aquí, la idea no es considerar cómo fueron evolucionando los postulados de estos dos saberes sobre la juventud, sino más bien cómo fueron afianzándose sus modos de aproximación, uno social y otro psicológico.

De acuerdo con Foucault (2007), una formación discursiva está conformada por enunciados, estos enunciados formarán parte de

⁵ En el caso específico de los estudios sobre la juventud desarrollados en México, después de 1985, el ímpetu por saber del joven se disipará en alguna medida y será retomado hacia mediados de la década de 1990. La nueva oleada de estudios sobre la juventud que se da en estos años tomará tres caminos: la organización juvenil, las culturas juveniles y las identidades juveniles. En cada uno de esos caminos, como ya se dijo, la pregunta por la adhesión a las normas sociales o por la oposición a éstas persistirá (Mendoza, 2011).

una misma formación discursiva si comparten un objeto. Así pues, “los enunciados, diferentes en su forma, dispersos en el tiempo, constituyen un conjunto si se refieren a un solo y mismo objeto” (2007: 51). Esto creo que puede aplicarse al Sujeto Joven, el cual representa a todas luces un objeto de conocimiento. De este modo se erige una formación discursiva que, como se vio, abre dos posibilidades de entendimiento sobre el joven. Ambas forjan enunciados evidentemente “diferentes en su forma”, como señala Foucault, pero “refieren a un solo y mismo objeto”. Más allá de la singularidad teórica, de la identidad de sus planteamientos o del carácter de sus problematizaciones, estos enunciados atañen a dos regiones de saber: el psicológico y el sociológico, que pueden ser definidas de la siguiente manera:

La psicología es fundamentalmente un estudio del hombre en términos de funciones y de normas (funciones y normas que pueden interpretarse, de modo secundario, a partir de los conflictos y las significaciones, las reglas y los sistemas); la sociología es fundamentalmente un estudio del hombre en términos de reglas y conflictos (pero estos pueden ser interpretados y sin cesar han sido interpretados secundariamente sea a partir de las funciones, como si fueran individuos orgánicamente ligados a sí mismos; sea a partir de sistemas de significaciones, como si fueran textos escritos o hablados) (Foucault, 2010: 370).

Según esto que establece Foucault, la región de saber de corte psicológico y la de corte sociológico tendrán inquietudes compartidas, la diferencia radicaría en lo que sus aproximaciones priorizan. Mientras que la psicología coloca en un primer plano el asunto de las funciones y las normas; la sociología lleva el asunto a las reglas y los conflictos. Lo interesante viene cuando se piensa en el plano secundario de ambas regiones de saber. Allí es donde se habrán de encontrar: la psicología se preocupará secundariamente por las reglas y los conflictos, y la sociología lo hará por las normas y las funciones; es decir, la psicología será secundariamente sociológica y la sociología será secundariamente psicológica. La diferencia entre ambas regiones

de saber estará definida más por la jerarquía de lo que miran antes que por tener perspectivas realmente distantes.

Sin embargo, ¿cómo podemos trasladar todo esto al tema del Sujeto Joven? Vimos cómo la aproximación psicológica antecedió a la sociológica por varios años. Lo interesante es cómo con el paso del tiempo esta visión fue haciéndose más sociológica en la medida en que empezó a pensar los factores externos que estaban implicados en el “conflicto adolescente”. Sin embargo, su primer interés fue justamente pensar “las funciones y las normas”, en este caso las que fallan, o por lo menos las que se vuelven inciertas allí donde un sujeto queda atrapado entre la niñez y la adultez. En lo que se refiere a las funciones, pueden ser de tipo cognitivo, sexual y psíquico. Con Hall vimos cómo este aparente corto circuito de las funciones podrá llevar a patologías entendidas como desviaciones sociales. En esto puede verse dibujada la preocupación por las normas, en este caso sociales.

El adolescente es, finalmente, ese sujeto que pone en riesgo las normas, que además ciertas funciones en él no están del todo desarrolladas. El asunto entonces pasará por contrarrestar ese riesgo en relación con la norma y a la par pensar el desarrollo inacabado de esas funciones. Se asumirá que el adolescente, por la propia naturaleza de la etapa de vida que lo define, será un sujeto con posibilidades de riesgo para sí mismo y en un segundo plano para otras personas. Por otro lado, al estar más apegada a pensar el desarrollo de funciones, la visión psicológica se regirá por lapsos de tiempo más concretos que definirán más estrictamente dónde empieza y dónde termina la adolescencia, a diferencia de la visión sociológica, que partirá más de un relativismo social y cultural para pensar dónde empieza y dónde acaba la juventud.

En lo que respecta a la región de saber sociológica que, de acuerdo con Foucault, se enfoca primordialmente en las reglas y los conflictos, surgirá varios años después que la psicológica. Las razones obedecerán a una contingencia social asociada al joven como agente histórico. Las preocupaciones iniciales de los estudios sobre la juventud justamente tendrán como telón de fondo los “conflictos sociales” (que en un lenguaje menos peyorativo podrán ser llamados también

“movimientos”) protagonizados por jóvenes. El interés de estos estudios se centrará en pensar a partir de categorías asociadas a las posibilidades de rebeldía o conformismo en los jóvenes, o, en su defecto, a la tentativa oposición o asunción de las reglas sociales, hecho que coincide con el planteamiento de Foucault cuando establece las prioridades de la región de saber sociológica.

Visto desde esta perspectiva, el adolescente psicológico y el joven sociológico irrumpirán bajo condiciones de posibilidad concretas asociadas a necesidades históricas particulares. Representarán dos formas de sujeto ligadas a dos regiones de saber cuyo interés no será casual. Así pues, no es que para el saber de corte sociológico no existiera el adolescente, sino que más bien no era relevante pensarlo desde las reglas y los conflictos, hasta que aparece el joven que interpela reglas y organiza “conflictos”. Por otro lado, no es que para el saber de corte psicológico no existiera el joven ubicado en una dimensión social, sino que lo prioritario era pensarlo desde las coordenadas de la “normalidad” y del correcto desarrollo de las funciones (afectivas, cognitivas, psíquicas, sexuales, etcétera). El adolescente y el joven representarán entonces dos epistemes, entendidas como “los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas” y que “hunden su positivismo y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad” (Foucault, citado en Parrini, 2018: 106-107).

Hasta aquí, en el caso del joven de la sociología esas “condiciones de posibilidad” resultan claras y parecen estar directamente asociadas a eventos históricos que hacen irrumpir la figura del “joven rebelde”. En el caso de la figura del adolescente de la psicología, sus “condiciones de posibilidad” resultan un tanto más opacas y guardan un talante mucho más positivo al estar sustentadas dentro de una cientificidad psicobiológica. No obstante, habrá un punto donde ambas regiones discursivas coincidan y tendrá que ver con la intención de aprehender a un sujeto “inacabado”, podríamos decir, habitado por un ímpetu y un desajuste que por momentos parece sobrepasarlo. Tal desajuste se ligará a funciones psicocognitivas, psicosexuales y

psicoafectivas en el caso de la región psicológica; mientras que en cuanto a la zona sociológica, el desajuste será social y partirá de responder a preguntas ligadas a por qué el joven es incluido o no excluido en una sociedad, a por qué se rebela o se conforma, o por qué acepta o rechaza las reglas sociales.

De las formaciones discursivas al entramado psicosocial

Con lo revisado hasta ahora creo que es posible retomar el tema de la intervención psicosocial con jóvenes desde otra perspectiva. Mi idea fue pensar los *psi* y lo *social* desde dos regiones de saber: la psicológica y la sociológica, que obedecen a una formación discursiva que ha venido produciendo enunciados en torno al Sujeto Joven. Estos enunciados han forjado las figuras del adolescente y el joven. La cuestión ahora es cómo dar paso a la intervención psicosocial partiendo de esa densificación discursiva.

Lo primero que tal vez valga la pena resaltar es que decir “psicosocial” parece traer aparejada indistintamente la idea de intervención (Blanco y Rodríguez, 2007; Alvis, 2009; Villa, 2012; Pavón y Orozco, 2017), es decir, lo psicosocial lleva consigo la marca de un modo de acercamiento que pretende superar la dicotomía entre lo social y lo psíquico, ya sea a la manera de una conjugación de ambas dimensiones de abordaje o como posibilidad de tener en cuenta estas mismas dimensiones de manera paralela, pero equilibrada (Pavón y Orozco, 2017). Sin embargo, esta aparente simpleza de postulados, la cual puede ser explicada por esta inclinación al acontecimiento de la intervención antes que a una precisión teórica o metodológica, parece conllevar una ambigüedad en el momento de establecer qué implica una intervención psicosocial, sobre todo cuando se piensa en para quiénes está personificada y a quiénes va dirigida. Esto ha llevado a que cualquier modo de intervención que se plantee con un grupo en particular, o que tenga cierta orientación comunitaria, por esos hechos ya pueda tener el apellido “psicosocial”. En este sentido, no importa si quienes llevan a cabo la intervención lo hacen desde

un lugar terapéutico, psiquiátrico o institucional, todo cabe dentro del término “psicosocial” (Villa, 2012).

Esta ambigüedad parece ser algo que en los últimos años se ha tornado inherente a las intervenciones psicosociales. El término ha sido muchas veces víctima de la moda y del uso indiscriminado por parte de intervenciones que no necesariamente son de índole psicosocial. En este marco, creo que aquello que he planteado sobre la formación discursiva del Sujeto Joven puede ser de utilidad. La idea no es considerar que toda intervención de tipo psicosocial necesite de un análisis del sujeto desde la idea de formaciones discursivas. En este caso, se trató sólo de la especificidad ligada al Sujeto Joven.

Ahora bien, no está de más aclarar que un análisis desde la noción de formaciones discursivas que producen un sujeto demarca de antemano una distancia irreductible con cualquier tipo de intervención, cuando se toma en cuenta el trabajo que habrá de realizarse con sujetos reales; sin embargo, el hilo que se teje entre la figuración que un saber constituye en torno a un sujeto y el sujeto real, por llamarlo del algún modo, tampoco puede soslayarse. Lo que quiero decir con esto es que, en el caso específico del Sujeto Joven constituido desde una formación discursiva, éste no puede ser de ninguna forma isomórfico al sujeto con que tentativamente nos podemos llegar a vincular a través de una intervención psicosocial. No obstante, tampoco puede asumirse que ese sujeto producto de las formaciones discursivas no estará ahí de algún modo; sea a través de las demandas que muchas veces se gestan a partir de un marco institucional,⁶ o a través de nuestro propio lugar de “expertos” y, por tanto, de depositarios de un supuesto saber. Por otro lado, pensar al Sujeto Joven, como una formación discursiva, no implica reivindicar una idea universal de juventud o adolescencia frente a cualquier perspectiva orientada a visibilizar formas específicas, heterogéneas y situadas de vivir adolescencias y juventudes en contextos concretos.

⁶ Dentro de la posible ambigüedad ya señalada en torno a las intervenciones psicosociales, Alexander Alvis va a considerar que éstas implican necesariamente “una acción mediadora entre los usuarios y la estructura institucional desde la que se interviene” (2009: 9).

Antes bien, considero que la idea de formaciones discursivas permite echar luz sobre los gestos “positivizantes” que tienden a complicar cualquier tipo de conocimiento situado, para que de ese modo este último sea posible.

El ejercicio que llevé a cabo aquí al pensar las modulaciones discursivas que se han suscitado en torno al Sujeto Joven, para después llevar el asunto a una intervención psicosocial, implicó también un intento de plantear un insumo conceptual para ésta. Considero que una de las carencias cuando se habla de intervención psicosocial es su poca claridad teórica y la ausencia de una producción conceptual sólida que haga pensar lo psicosocial más allá del acontecer de las intervenciones, que, dicho sea de paso, son mucho más tendientes a crear informes o diagnósticos antes que elaborar discusiones teóricas o metodológicas que sean capaces de profundizar sobre el tema de la subjetividad, el cual parece ser su campo de acción. Esto no quiere decir que no haya habido intentos de establecer cierto rigor en torno a lo que tendría que ser una intervención psicosocial. Por ejemplo, se puede reconocer una idea de intervención psicosocial latinoamericana influenciada fuertemente por el pensamiento de Ignacio Martín-Baró. Dentro de este marco, esta última debería implicar:

una concepción del ser humano como sujeto en relación y en construcción con otros y otras; el cual es constituido por condiciones biológicas, psicológicas, histórico-sociales, culturales, económicas, políticas que lo definen, en un proceso sistémico de interacción social, comunicativa y simbólica que implica la emergencia de la propia subjetividad personal y la construcción y/o reconstrucción de la colectividad [...] Implica además una concepción de la realidad que va más allá de lo material y que supera las visiones funcionalistas y mecanicistas, donde lo relacional, lo narrativo, el lenguaje (sus usos y significados en el marco de la pragmática), lo simbólico y lo cultural hacen parte de los elementos sistémicos que entran a formar parte del análisis de lo real en lo humano (Villa, 2012: 353).

Esta visión establece que la intervención psicosocial parte de entender al sujeto desde un lugar multidimensional, lo cual implica que sea definido por una trama de factores que tienden a construir una complejidad a la hora de pensar su posición como “ser humano”. Por otro lado, se erige la intención de superar ciertas visiones “mecanicistas” o “funcionalistas” que suelen ser la razón de que al sujeto se le piense como alguien carente de agencia. Como respuesta a esto, esta visión plantea la idea de centrarse en el asunto de las narrativas subjetivas, las cuales forman parte del espectro cultural y simbólico en el que todo sujeto se hace y se desarrolla. Hasta aquí la idea de lo que “debería ser” una intervención psicosocial desde esta perspectiva.

Considero que uno de los problemas con esta visión es justamente estar demasiado abocada en establecer con precisión ese “debería ser” de la intervención psicosocial, lo cual deja de lado y evita pensar con mayor profundidad lo que en la realidad están “siendo” las intervenciones psicosociales, más allá de ese “debería ser”. Tal vez esto explique a la par esta intención de abarcar múltiples aspectos del “ser humano”, para después considerar la subjetividad como un concepto clave. Pero, entre una concepción del “ser humano” y un concepto como lo es la “subjetividad”, hay un problema demarcado por la opción de concebir y/o de conceptualizar. “Concebir” remite a una idea o una serie de ideas de las cuales se parte a la hora de la intervención, hasta donde lo entiendo. “Conceptualizar”, en el caso de la noción de subjetividad, más bien guardaría la idea de una teorización como promesa (a través de los resultados de la intervención) y como premisa (cuando se hace uso de una noción como la subjetividad para establecer un punto de partida de la intervención). Siendo así, la confusión tal vez esté entre concebir y conceptualizar.

En el caso particular de esta línea de intervención psicosocial forjada en Latinoamérica, hay una cuestión ligada al contexto de las demandas y de las personificaciones de quien interviene, que no estoy seguro si ha sido lo suficientemente problematizada. Dentro del marco de las demandas puedo distinguir al menos dos vertientes: una sería de carácter institucional o incluso estatal; otra se daría en el

marco de la academia. Por un lado, la primera de las vertientes tendría como figura principal al profesional del campo *psi*, quien casi siempre está personificado en la figura del psicólogo social, del trabajador social o una combinación de ambos, no descartando incluso la intermediación de psiquiatras (Villa, 2012). Los productos de esta vertiente casi siempre estarían asociados al informe o al diagnóstico. Por otro lado, la academia, la figura que se destacaría sería la del investigador, y sus productos, que precisamente tendrían el carácter de investigaciones, guardarían la intención de construir algún tipo de inteligibilidad en razón del grupo con el que se trabajó, inteligibilidad que supondría poner en marcha un ejercicio conceptual y algún tipo de teorización.

Sin embargo, es un hecho que en la realidad las cosas a veces no son tan francas. En ocasiones ocurre que es una institución (también podría incluir a alguna ONG) la que puede llegar a demandar la intervención psicosocial de investigadores de una universidad; o que en el marco de una universidad se den productos que tienen más el carácter de diagnósticos o de informes, antes que de investigaciones. De acuerdo con esto, se pueden ver aquí dos figuras ligadas a la intervención psicosocial, que no son necesariamente convergentes tanto en sus productos como en sus tareas: el profesional y el investigador. Aunado a estas dos figuras, en el caso particular de esta línea de intervención psicosocial latinoamericana de la que vengo hablando, estaría la figura del activista. Sin embargo, esta tercera figura creo que no se da con independencia de las otras, sino que está casi siempre ligada a las dos primeras, lo cual complejiza las cosas al forjar dos nuevas figuras: la del profesional-activista y la del académico-activista.

Uno de los postulados de los que parte esta línea de intervención psicosocial tiene que ver con que debe estar claramente enmarcada dentro de cierta posición ética y política, también dentro de cierta intención inaplazable de responder al llamado de las problemáticas sociales que aquejan a la realidad latinoamericana. Con referencia a esto, Martín-Baró (1998) establece:

Que no sean los conceptos los que convoquen a la realidad, sino la realidad la que busque a los conceptos; que no sean las teorías las que definan los problemas de nuestra situación, sino que sean esos problemas los que reclamen y, por así decirlo, elijan su propia teorización. Se trata, en otras palabras, de cambiar nuestro tradicional idealismo metodológico en un realismo crítico. A los psicólogos latinoamericanos nos hace falta un buen baño de realidad, pero de esa misma realidad que agobia y angustia a las mayorías populares (1998: 314).

La primera parte de lo que establece Martín-Baró es muy clara y a mi parecer muy razonable: que sea determinada realidad social la que preceda a una posible conceptualización. La cuestión sería considerar si no existe algo de realidad social ya implícita en los conceptos, o si los conceptos pueden estar fuera de la realidad social, o por lo menos estar ligados a ella de manera irreductible antes de que cualquier tipo de intervención acontezca. Creo que esto se puede ver con alguna claridad en el caso del Sujeto Joven, ya que existe todo un campo de saber (el cual involucra, por supuesto, conceptos, en este caso venidos desde la psicología y la sociología) que lo ha configurado como objeto de conocimiento. Desde esta perspectiva, la idea no sería derrumbar a los conceptos en pos de que una realidad irrumpa para crear diferentes o mejores conceptos, sino que en los conceptos ya habita de cierta forma el sujeto, antes de que la “realidad” de su entorno aparezca como tal para el investigador.

Por otro lado, que sea una “realidad” la que “elija su propia teorización”, ¿no implica en cierto modo volver a la idea del investigador como productor de un conocimiento “positivo”? Puedo entender este llamado que hace Martín-Baró para que los investigadores salgan de las aulas y de la comodidad conceptual y se asomen a la “realidad que agobia y angustia a las mayorías populares”, pero me pregunto también si dar ese paso hacia ese “realismo crítico”, que implicaría volcarse hacia esa realidad, no nos devuelve a la idea de un sujeto que hace tabla rasa de su subjetividad (en la cual se podría incluir una visión conceptual) para poder entender una supuesta “realidad”

evidente y “objetiva”.⁷ El otro riesgo de esto sería caer en una idea de intervención “auxiliadora” o “salvífica”, que tal vez podría llevar al investigador a encontrarse con realidades “agobiantes” y “angustiantes” antes de acudir a la realidad como tal para asomarse a la complejidad que necesariamente la atraviesa.

Por tanto, el problema de que una intervención psicosocial quede definida por cierto gesto “auxiliador” o “salvífico” es caer en una romantización que deja de lado las contingencias estructurales, las cuales tienen que ver con que a veces el sujeto crea líneas de ruptura en razón de su realidad, que no necesariamente están determinadas por alguna marca clara de agencia política, ni requieren de la intervención de algún experto para que efectivamente ocurran. Por otro lado, también creo que estas contingencias estructurales son parte de toda construcción de saber, como el psicosocial, el cual puede tornarse “normalizante” en ciertos contextos, aunque no se quiera, por mucho que se plantee con claridad la intención política que está detrás de una intervención psicosocial.

Una buena salida a esto, como ya lo decía arriba, tendría que ver con pensar lo que las intervenciones psicosociales “están siendo” más allá de cierto espíritu “emancipador”. Esto complejiza la realidad en la que se interviene y al mismo tiempo ayuda a desentrañar aporías; por ejemplo, que una intervención llena de buenas intenciones políticas termine sirviendo a una causa estatal, en el momento en que, mal o bien, se forja un saber cuyo uso no está garantizado; o que cierta intervención de carácter institucional o estatal termine por fortalecer agencias políticas en los sujetos. Un ejemplo de estas posibles aporías puede verse con ese saber sociológico forjado a través de los estudios sobre la juventud en México, que son muchas veces auspiciados por instituciones estatales, detrás de las cuales puede haber cierta intención de control que se da bajo la máscara de un reconocimiento del mundo de los jóvenes, sin embargo, ese “reconocimiento”

⁷ En un momento dado Martín-Baró establecerá: “El fatalismo es, por tanto, una realidad social, externa y objetiva antes de convertirse en una actitud personal, interna y subjetiva” (1998: 93-96).

o sus implicancias en el mismo mundo de los jóvenes tampoco puede desecharse del todo.⁸

Con esto no quiero anular de ninguna forma la necesidad de que deba haber algún tipo de claridad en el investigador sobre su lugar de enunciación (el cual implicaría un posicionamiento ético, político e institucional), pero a la par de esto creo que también debería plantearse algún tipo de compromiso con la teoría y con los conceptos (Bhabha, 2004), que permita abrir las posibilidades de entender la complejidad de las realidades en las que se interviene, más allá de un compromiso político, que de ninguna manera deslegitima la intervención. El ejercicio aquí planteado en relación con el sujeto joven justamente pretendió estar asociado a esta última idea, asumiendo que no sólo existe la “realidad” pura y objetiva de la intervención, sino que ésta puede ser pensada a partir de cierta teorización que haga reflexionar sobre una realidad discursiva, que también puede formar parte y preceder a una intervención psicosocial.

Conclusiones

Con lo desarrollado en este ensayo puede concluirse que existe una necesidad de pensar lo “psicosocial” como un campo problemático, cuyos postulados están muy lejos de estar sobreentendidos o resueltos. Ver al Sujeto Joven como una formación discursiva que comparte un objeto, pero que a su vez presenta dos modos de aproximación conceptual, ayudó a entender esto. Fue justamente el hecho de pensar al Sujeto Joven lo que trajo aparejado una mirada psicologizante y otra sociologizante, las cuales tornaron pertinente interpelar o repensar aquello que llamamos “psicosocial”, al menos en cuanto al trabajo con jóvenes.

En este sentido, propuse una lectura que permitiera pensar al “joven” y al “adolescente” más allá de una mirada meramente eta-

⁸ Un ejemplo de esto serían los programas sociales o insumos orientados a los jóvenes, que pueden tener un sentido y una utilidad más allá de todo asistencialismo y control estatal.

ria, la cual sin duda resulta sumamente superficial e insuficiente, ya que deja de lado todo lo que hay detrás del joven y el adolescente como objetos discursivos, que implican supuestos teóricos que han sido constituidos históricamente y que, aunque no se quiera, en cierta forma están ya presentes a la hora de pensar el trabajo con jóvenes.

En un segundo momento, quise llevar toda esta reflexión del Sujeto Joven como formación discursiva al asunto de la intervención psicosocial. Propuse la necesidad de pensar esta última como un campo complejo atravesado por una serie de condicionantes que hacen que la intervención psicosocial siempre se dé en relación con una concatenación variable de enunciados y de lugares de enunciación, los cuales involucran tanto al investigador o al profesional de campo como a las personas con quienes se interviene. Esto creo que lleva a la necesidad más amplia de tratar de elucidar y problematizar los supuestos que, a la manera de un inconsciente histórico, predisponen nuestras miradas en el momento de plantear una intervención desde las ciencias sociales, ya sea desde el lugar de investigadores o profesionales, más allá de que ésta enarbole, o no, una perspectiva psicosocial.

Referencias

- Alvis, Alexander (2009), "Aproximación teórica a la intervención psicosocial", *Poiésis*, núm. 17, junio.
- Bhabha, Homi (2004), *El lugar de la cultura*, Ediciones Manantial, Buenos Aires.
- Blanco, Amalio y Rodríguez, Jesús (2007), *Intervención psicosocial*, Pearson Prentice Hall, Madrid.
- Bourdieu, Pierre (2000), *Cuestiones de sociología*, Editorial Itsmo, Madrid.
- Dávila, Oscar (2004), "Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes", *Última Década*, núm. 21, pp. 83-104.
- Delval, Juan (1998), *El desarrollo humano*, Siglo XXI Editores, Madrid.

- Fernández, Ann (2003), *Cultura política y jóvenes en el umbral del nuevo milenio*, Instituto Mexicano de la Juventud (Col. Jóvenes, núm. 12)/Instituto Federal Electoral/Secretaría de Educación Pública, México.
- Foucault, Michel (2007), *La arqueología del saber*, Siglo XXI Editores, México.
- Foucault, Michel (2009), *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI Editores, México.
- Freud, Sigmund (1990), “La metamorfosis de la pubertad”, en *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 72-106.
- García, Ricardo (2004), “La música como construcción de la identidad”, *Ciudades, Juventud, Cultura y Territorio*, núm. 63, pp. 17-21, Puebla, Red Nacional de Investigación Urbana.
- Guillén, Luz María (1985), “Idea, concepto y significado de la juventud”, *Revista de Estudios sobre la Juventud*, núm. 5, pp. 39-49.
- Jiménez, Héctor (2004), “La ciudad como enemigo: el punk otomí-toluqueño”, *Ciudades, Juventud, Cultura y Territorio*, núm. 63, pp. 22-28, Puebla, Red Nacional de Investigación Urbana.
- Martín-Baró, Ignacio (1998), *Psicología de la liberación*, Trotta, Madrid.
- Mendoza, Hipólito (2011), “Los estudios sobre la juventud en México”, *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. XVIII, núm. 52, pp. 193-224.
- Nateras, Alfredo (2010), “Adscripciones identitarias juveniles: tiempo y espacio social”, *El Cotidiano*, núm. 163, septiembre-octubre, pp. 17-23, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, México.
- Parrini, Rodrigo (2018), *Deseografías. Una antropología del deseo*, Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Pavón, David y Orozco, Mario (2017), “Estudios psicosociales: entre el psicoanálisis, la psicología crítica y todo lo demás”, *Polis*, vol. 13, núm. 2, pp. 139-163.
- Pérez, José (2008), “Juventud: un concepto en disputa”, en José A. Pérez Islas, Mónica Valdez González y María H. Suárez Zozaya

- (coords.), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*, Universidad Nacional Autónoma de México/Porrúa, México.
- Reguillo, Rossana (1997), “Entre la diversidad y el escepticismo: jóvenes y cultura política en México”, en Jaime Castillo y Elsa Patiño (coords.), *Cultura política de las organizaciones y movimientos sociales*, La Jornada Ediciones/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Reguillo, Rossana (2000), *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Solari, Aldo (1971), “Prólogo”, en Adolfo Gurrieri, Edilberto Torres-Rivas y Jannet González, *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*, Siglo XXI Editores, México.
- Souto, Sandra (2007), “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”, *Historia Actual Online*, núm. 13, pp. 171-192, [<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2479343.pdf>].
- Urteaga, Maritza (1998), *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, Secretaría de Educación Pública, México.
- Urteaga, Maritza y Feixa, Carles (2005), “De jóvenes, músicas y las dificultades de integrarse”, en Néstor García (coord.), *La antropología urbana en México*, Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 265-306.
- Valenzuela, José Manuel (1997), “Culturas juveniles. Identidades transitorias”, *Revista Jóvenes*, año I, núm. 3, pp. 12-35.
- Villa, Juan (2012), “La acción en el enfoque social de la intervención en contextos sociales: ¿podemos pasar de la moda a la precisión teórica, epistemológica y metodológica”, *El Ágora USB*, vol. 12, núm. 2, pp. 349-365.

Fecha de recepción: 17/11/22

Fecha de aceptación: 04/07/23

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202259111-134